

MÁS ALLÁ DEL ADIÓS

Cuando te fuiste, el mundo siguió girando... aunque ya no para mí.

Todo había quedado suspendido en ese instante en el que aprendí, de la forma más cruel posible, que el amor también hace que duela hasta romperte en mil pedazos. Pedazos hechos de las promesas que nunca llegamos a cumplir y que hoy son heridas abiertas. De las palabras que se quedaron atrapadas entre mi pecho y el tiempo...

Y entre todos esos fragmentos esparcidos, mi querida Cantarriján. Ese paraíso al que quise llevarte se convirtió en un eco constante de tu ausencia. Quizá por eso, cuando el dolor se volvió una carga demasiado pesada, mi mente -o algo más- decidió llevarme por fin hasta allí contigo.

No sé si fue real o lo soñé. Lo que sí sé es que, desde aquella noche, hubo un antes y un después en mi forma de respirar el mundo.

I.

Recuerdo que desperté con sal en los labios.

No era posible, pensé. Y, sin embargo, ahí estaba ese sabor leve, antiguo, como si el mismísimo mar hubiese venido a buscarme hasta la cama. Miré tu foto en mi mesilla de noche y cerré los ojos otra vez, intentando rescatar el hilo del sueño antes de que se rompiera del todo... y entonces volví.

Volví a ti.

II.

El sol avanzaba despacio sobre la loma de roca y el verde de la maleza en Cantarriján, derramando una cálida luz dorada que parecía estar hecha para quedarse a vivir en mi piel. No había nadie más. Tan solo el rumor de las olas golpeando con dulzura sobre la orilla, el susurro del viento entre las viejas pinedas de la ladera... y nosotros.

Desnudos.

Pero no era solo desnudez física. Era otra cosa. Como si, por fin, hubiéramos aprendido a no necesitar lo superficial de este mundo.

Mirabas todo lo que te rodeaba y tu rostro reflejaba una felicidad que ni mil palabras sabrían expresar.

-Sabía que te gustaría -te dije, con una sonrisa que me nacía sola- Siempre supe que este sitio era para ti.

Me miraste en silencio unos segundos. Con esa forma tuya única de mirar. Buscando en mi alma algo más allá de lo que mi cuerpo te mostraba.

Es más que eso-respondiste al fin, con una calma que siempre me desarmaba- Siento como si ya hubiera estado aquí antes. Todo es nuevo, pero a la vez conocido.

Reí bajito.

-Y quizás has estado. Te hablé de Cantarriján tantas veces que al final te has aprendido el camino de memoria.

Caminamos despacio por la orilla. El agua nos acariciaba los tobillos, fría al principio, pero luego apenas tibia. Yo te observaba de reojo, esperando ese momento en el que algo te conquistara del todo.

No tardó.

Te detuviste. Miraste el horizonte e inspiraste hondo.

-Aquí el aire es distinto -dijiste-, como si al respirarlo todo se volviera más ligero y nada pudiera pesar.

-Eso es Cantarriján -respondí- Te lo dije... aquí uno se quita más que la ropa.

Giraste la cabeza hacia mí, curioso.

- ¿Como qué?

Me acerqué un poco más. Sentía que cada palabra era importante, como si en ese sueño pudiera por fin darte todo lo que la vida nos dejó a medias.

-El miedo. Las máscaras. Las expectativas... Todo eso que también nos aprieta por dentro, aquí se cae solo.

Tus labios dibujaron esa media sonrisa que tanto echo de menos.

-Entonces entiendo por qué querías traerme.

-No -susurré- No es solo por eso.

Guardé silencio un instante. El mar rompía suavemente detrás de nosotros.

-Es porque aquí soy yo de verdad. Sin adornos. Sin ruidos. Sin pantallas de teléfono de por medio. Sin dar explicaciones a nadie. Y quería que me conocieras así... tal y como soy en realidad.

Te acercaste entonces. Lo suficiente como para que pudiera sentir tu calor, tu presencia, el olor de tu piel...lo suficiente como para doler.

-Pero yo ya te conocía -me dijiste en voz baja- Incluso cuando tú creías que no.

Tragué saliva.

-No tuve tiempo de enseñártelo todo, de decirte todo lo que hubiera querido...

-El tiempo no importa -interrumpiste tú con suavidad- Pero eso siempre lo supimos, ¿verdad?

Asentí, aunque me temblaba la voz por dentro.

-Siempre daré gracias al Universo por encontrarnos en el camino...

-...aunque el camino no fuera largo -completaste tú- Pero aquí estamos, sin depender de nada más que de nuestras miradas. Dime todo lo que hubieras querido decirme.

Y entonces, como si el sueño quisiera hacerme justicia, pude al fin decirte todo lo que me guardé.

III.

Nos sentamos sobre la arena, que aún conservaba el calor del día. Yo recogí las piernas, abrazándolas, mirándote con el miedo de que tu imagen se difuminara de un momento a otro.

-Te conté tantas historias de este sitio... -empecé-. Pero nunca te dije lo que de verdad significaba.

-Cuéntamelo ahora.

Tu voz era tan real, que me dolía el corazón.

-Aquí aprendí a no esconderme de mi misma. La primera vez que vine... tenía miedo. De todo. De mi cuerpo, de las miradas, de no encajar. Y de pronto... nadie miraba. O mejor dicho... nadie me juzgaba.

Me observabas con atención, sin interrumpir.

-Fue la primera vez que probé la libertad de verdad. No esa libertad que se dice... sino la que se siente en la propia piel y te atraviesa. Como si el aire mismo te diera un abrazo.

Sonreí, aunque mis ojos empezaban a empañarse.

-Quería compartir eso contigo. Quería verte aquí, así... sin dolor. Sabiendo que estás en paz.

-Y así me estás viendo.

Negué con la cabeza, mientras un atisbo de tristeza se dibujaba en mi rostro.

-No es lo mismo.

Te inclinaste un poco hacia mí.

- ¿Por qué?

Te observé entonces. De frente.

-Porque esto es un sueño... y tú...

No pude terminar la frase, pero tú lo hiciste por mí.

-Y tú ya no estás...¿es lo que ibas a decir?

Asentí sin poder mirarte.

El silencio se hizo más denso que el mar.

Pero ese silencio no dolía tanto como en la vigilia. Era un dolor suave, casi dulce. Como si la tristeza supiera al fin mostrarme cierta compasión.

-Me costó tanto amor dejarte ir... -te susurré.

-No me has dejado ir del todo.

-A veces siento que vienes aquí -continué- Que pasas a mi lado en silencio. Que te sientas en aquella roca, imaginando que me miras.

-A veces no es tu imaginación.

Levanté la vista de golpe.

- ¿Qué quieres decir?

Sonreíste, pero no respondiste directamente.

- ¿Tú qué crees?

Negué, confundida.

-Creo que te necesito tanto, que mi cabeza inventa ya cualquier cosa.

-O quizá -dijiste- el amor no entiende de ausencias.

Algo se me rompió por dentro.

-No es justo -murmuré- Teníamos mucho por vivir... tantas cosas pendientes...Yo quería traerte aquí de verdad. Caminar contigo, bañarnos, reírnos... escuchar tus comentarios sobre todo.

Reí entre lágrimas.

-Te habría encantado este sitio. Estoy segura.

- ¡Claro que me encanta! -dijiste- Mírame.

Lo hice.

Y por un segundo- solo uno -no tuve ninguna duda. No fue recuerdo, ni deseo, ni proyección.

Eras tú.

Y estabas de verdad aquí.

Conmigo.

IV.

El sol ya casi tocaba el horizonte cuando me tendiste la mano.

-Ven.

La tomé sin pensármelo.

Caminamos hacia el agua, esta vez sin detenernos. Las olas subían poco a poco por nuestras piernas, nuestras caderas... hasta que el mar nos abrazó enteros.

-Siempre tuve curiosidad por esto- dijiste, riendo suavemente.

- ¿Por bañarte desnudo en el mar? Se de sobra que esta no es tu primera vez.

-Por sentirme libre aquí, a tu lado, sin tener que pensar ni entender por qué.

Me acerqué más, mientras el agua danzaba entre nosotros.

-No hace falta entenderlo todo.

-Eso también me lo enseñaste tú-dijiste rozándome la mejilla.

Nos quedamos en silencio. Abrazados. El mar nos mecía con suavidad.

-Tengo miedo de olvidarte -te confesé de pronto.

Tú negaste despacio.

-Eso no va a pasar.

-Pero el tiempo...

-El tiempo solo transforma lo que vemos-dijiste-, pero jamás podrá alterar lo que es verdadero.

Y me miraste con una ternura infinita.

-Yo estoy y estaré siempre, en todo lo que compartimos y seguiremos compartiendo. En cada historia que me contaste y en las muchas que aún me has de contar. En este lugar y en todos aquellos a los que vayas.

Lloré. Esta vez sin contenerme.

-No quiero despertarme.

-Lo harás.

-Ya lo sé...

Apreté tu mano con fuerza.

- ¿Y tú?

Sonreíste. Con esa serenidad tuya de siempre.

-Yo no me voy. Solo cambio de sitio.

- ¿A dónde?

Llevaste tu mano hasta mi pecho, con una delicadeza que me desarmó.

-Aquí. Eternamente aquí.

Cerré los ojos y sentí cada poro de tu piel sobre la mía.

- ¿Volverás conmigo a Cantarriján?

-Siempre, mi amor- Y tus labios se cerraron sobre los míos.

V.

Desperté.

La habitación estaba en silencio. Las primeras luces del alba apenas se colaban por la ventana de mi habitación.

Respiré hondo y volví a sentir el sabor de la sal. La de tus labios.

Sonreí entre lágrimas.

No sé si fue real o lo soñé. Pero sé que algo cambió esa noche.

Porque ahora, cuando pienso en ti, ya no solo hay dolor. También hay paz.

Comprendí que estarás conmigo en cada rincón, tendido ante la luz de un fugaz amanecer o en el susurro infinito de las olas que ya no solo suenan... sino que laten en mi interior, muy dentro, donde mi corazón ha aprendido a recordarte sin la herida de la ausencia.

Porque ahora, cuando regrese a Cantarriján, sé que nunca volveré a hacerlo sola.

Escrito por: Alma Libre